

“Patriotas” de un “país hermoso”: sobre el encuentro con un paramilitar

Civico, Aldo (2009). *“No divulgar hasta que los implicados estén muertos”*. Las guerras de “Dobleceros”. Intermedio Editores Ltda. 278 p. ISBN: 9789587099515.

Aldo Civico, antropólogo de origen italiano, ha investigado fenómenos relacionados con conflicto armado, procesos de paz, resolución de conflictos, insurgencia, terrorismo, desplazamiento interno, Derechos Humanos y violencia juvenil en lugares como Colombia, México y los Balcanes, y en la actualidad dirige el Centro para la Resolución de Conflictos Internacionales (CICR) de la Universidad de Columbia, publicó en Colombia *“No divulgar hasta que los implicados estén muertos”*. Las guerras de “Dobleceros”, justamente cinco años después del asesinato de Carlos Mauricio García Fernández, conocido como “Rodrigo Dobleceros”.

El libro consta de tres partes, sin que esa división sea propuesta por el autor como una guía de lectura; es importante, sin embargo, tener en cuenta dicha estructura a la hora de analizar y discutir algunos elementos que se derivan de una revisión con intereses antropológicos, como ha sido la mía. La primera parte contiene el diálogo entre Aldo Civico y Carlos Mauricio García, resultado de un encuentro en San Roque (oriente de Antioquia) en 2003. A decir verdad, se trata del relato de García y no de una entrevista en un sentido estricto; es esa la forma que le permite aventurarse en una reflexión sobre momentos críticos de la historia contemporánea del país, logrando enmarcar su propia inserción y participación en ella, primero como militar, luego como escolta y jefe de seguridad al servicio de diferentes jefes y, más adelante, como comandante de grupos de autodefensa. En varios momentos se tiene la impresión de estar separándose con un discurso oficial de la disidencia del bloque Metro respecto a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), declarada en 2001 y que culminó con la oficialización de esa guerra en 2003 por parte de las AUC, lo cual es puesto por “Dobleceros” en términos de una guerra de independencia. A pesar de ese tono oficialista que respalda la justificación de acciones abominables,

García hace cuestionamientos interesantes y pone sobre la mesa preguntas acerca de la guerra en Colombia, sus orígenes y secuelas, con una contundencia y claridad que los propios estudiosos del conflicto no han logrado alcanzar.

Quienes hemos sido formados como antropólogos aprendemos a reconocer que nuestros interlocutores no solo se remiten a determinados eventos tal cual fueron vividos ni relatan hechos en estado crudo, sino que también construyen análisis, reflexiones y fantasías a partir de la recreación constante de sus experiencias de vida. Los encuentros etnográficos evidencian la lucha incesante entre "el deber ser", "el deber ser vivido" y el mundo de "lo vivido" con todo lo que de allí se busca resaltar y también con aquello que se pretende ocultar. El asunto es que este es un proceso que involucra tanto al investigador como a su interlocutor, y en lo que respecta a Cívico podemos ver algunos elementos de ese tránsito consignados en la introducción y en las preguntas que acompañan —y guían, en ciertos momentos— la narración principal. La primera parte del libro a la que me he referido es una buena ilustración de ese tipo de choque que adquiere la forma del relato de vida —también póstumo— de Carlos Mauricio García Fernández, pero que tiene un potencial expresivo y exegético mucho más amplio, llegando a trascender la esfera del encuentro intersubjetivo. A este punto volveré más adelante.

Mientras que en la primera parte las preguntas de Cívico aparecen en la transcripción del encuentro cara a cara con "Doblecerero", que ocupa casi 200 de las 278 páginas del libro, y tienen la importancia que ya apunté en el párrafo anterior, la lectura del "intercambio" de correos electrónicos hasta poco antes de la muerte de "Doblecerero", que compone la segunda parte del texto, deja la sensación de que uno de los interlocutores se ausentó. Se trata del propio Aldo Cívico. Están las respuestas de "Doblecerero" a preguntas hechas por el investigador pero su voz desaparece y, por ello, las respuestas son contextualizadas por cuestiones frías y genéricas, reconstruidas con la frialdad que suelen traer las fases de análisis y edición. Termina aislándose así toda la riqueza del carácter hermenéutico de la primera parte que, entre otras cosas, ilumina respecto a temas que se han venido escribiendo con mayúscula en Colombia como paramilitarismo y parapolítica.

En el epílogo hay un retorno al estilo de la primera parte; se trata de la transcripción de una conversación sostenida entre Cívico y el hermano filósofo de "Doblecerero", Juan Rodrigo García. Es interesante porque se apuntan cuestiones relevantes ligadas al retrato de familia, uno de los ejes que atraviesa de manera transversal el relato inicial. Al tiempo, las reflexiones sobre la organización, el carácter y los conflictos internos de bandas de sicarios, grupos de delincuencia y las propias auto-defensas y grupos paramilitares son explicados con la claridad de quien ha venido asesorando a los desmovilizados de las AUC en el proceso de Justicia y Paz y ha acompañado, igualmente, el proceso de reintegración de los ex combatientes.

Volviendo al relato de la primera parte, "Rodrigo Doblecerero" muestra de forma crítica, adjetivo que él mismo usa para definir un rasgo fundamental de su

personalidad, el paso por la Escuela Militar y su vida en la milicia; su asignación —voluntaria— al Batallón Bomboná como una forma de estar cerca del Oriente antioqueño al que se remonta la facción ganadera de su familia. Habla de su lucha en terreno contra el ELN y las FARC, en sus palabras: “la limpieza de elementos hostiles del enemigo”; menciona las estrategias contrainsurgentes empleadas por él en aquella época —en la década de los ochenta—, algunas fuera de los reglamentos como el uso de guías civiles, y recuerda también las protestas por las detenciones arbitrarias. Se detiene, posteriormente, en el episodio de su salida del Ejército y su relación con Fidel Castaño, de quien fuera escolta y, por eso mismo, el perfil que elabora de “la primera generación de las autodefensas” termina estando tan anclado al proceder enigmático y “guerrero” de este personaje. Ya en ese punto del testimonio se torna evidente la pugna que marcó su historia de vida y que debería ser un eje de análisis a ser tenido en cuenta para desvendar la complejidad del conflicto colombiano: la contra-insurgencia “pura sangre” vs. los narcoparacos. Digo esto porque aunque el propio “Rodrigo Doblecerero” afirme que no hay ex narcotraficantes, de la misma manera como no hay ex corruptos, su relato sugiere a manera de excepción la forma como Fidel Castaño se desvinculó del narcotráfico y sentó las bases para un proyecto de reforma agraria que requería una contrainsurgencia “pura” en sus fases tempranas. A esta aspiración de Fidel Castaño se opondría otra generación de las autodefensas que hacia 1998 pasa a legitimar la compra de tierras baratas —abaratadas mediante el horror— a los desplazados y la inversión en el narcotráfico; en la visión de “Doblecerero” se agruparían aquí nombres como los de Mancuso, “Cuco” Vanoy, “Macaco” y “Mono Leche”. No obstante, el anti-Fidel —como bien aclara Juan Rodrigo García en el epílogo— desde la perspectiva de “Doblecerero” es “Don Berna” (Diego Fernando Murillo), responsable por la narcotización de las autodefensas al haber actuado como enlace entre el cartel del norte del Valle y Carlos Castaño para la venta de algunos grupos que hacían parte de las AUC.

Un siguiente bloque de la narración tiene que ver con la formación del grupo los Pepes (Perseguidos por Pablo Escobar) y su participación en él. García se ocupa luego de su paso por Urabá como jefe de seguridad de un consorcio bananero, su renuncia y posterior alianza con Fidel Castaño en el contexto de la creación de Funpazcor (Fundación para la Paz de Córdoba); habla de la entrega de tierras y la implementación de proyectos productivos con miras a una reforma agraria de cuño privado. De hecho, caracteriza esa organización como siendo de corte patronal y resalta un aspecto que viene tornándose central en territorios que siguen siendo disputados a pesar de los procesos ligados a la Ley de Justicia y Paz: el poder de las armas es pasajero en comparación con el poder de contar con una base social. Quienes hemos hecho trabajo de campo en territorios que tienen ese talante observamos atónitos, en gran medida porque compromete nuestro espectro de actuación, como “reconstrucción del tejido social”, “proyectos productivos”, “proyectos sociales” e “iniciativas de la comunidad” hacen parte la jerga y de las apuestas de las secciones

encargadas de “lo social” en organizaciones armadas ilegales, compitiendo así con propuestas comunitarias autónomas y legales, o con las propias iniciativas estatales. Ahora, la expresión usada por “Doblezero” para definir la motivación de ese accionar es reveladora: se trataría de una “explotación de la opinión de la población”. Su narración se enfoca después en la conformación, a finales de los noventa, del Bloque Metro y suministra detalles de la lucha con el Bloque Cacique Nutibara y de la expulsión de las AUC en 2001, posterior a la “crisis” marcada por la venta del Nordeste de Antioquia a “Macaco” y del Oriente a “Don Berna”: *Nos vendieron con territorio, con población civil, con tropa, con armas, con todo. Y dijimos: ¡La esclavitud se acabó hace 150 años en Colombia!* (p. 77). Más adelante, se centra en detalles del replanteamiento de las acciones, lo cual coincidió con la conformación en 2002 del “Movimiento Campesino Bloque Metro”.

A manera de un comentario más general, el libro de Cívico recuerda la necesidad de conocer las guías ideológicas o agendas políticas —como ellos parecen validarlas— de actores fundamentales de la guerra en Colombia porque es prioritario salir de los hechos: los hechos violentos, o los relatos sobre, han invadido la cotidianidad de los colombianos y se han anclado en las bases de su opinión como ciudadanos. Y ello ha contribuido a la permanencia de lugares comunes sobre la guerra contemporánea y la polarización ideológica que permea todas las instancias sociales de la vida en Colombia, y que se confirma a cada elección democrática, supuestamente apabullante y sin precedentes en la historia del país —como vociferan irresponsablemente algunos medios de comunicación—.

Hace falta una discusión sobre las bases del pensamiento, de la acción y de la expresión de la guerra en Colombia; sólo en esa dirección sería posible desvendar, en última instancia, los valores que sustentan los diferentes proyectos de nación que también han respaldado las empresas de la muerte. Ciertamente, Aldo Cívico no lleva a cabo esta labor, en un libro que no contiene mayores intervenciones analíticas o un estilo de interpretación que recuerde su procedencia disciplinaria o algo del carácter antropológico. Sin embargo, es como si Cívico entregara en las manos del lector parte de su diario de campo o de su información de campo; algo que es poco frecuente en los trabajos antropológicos en los cuales la etnografía desaparece en aras de los formalismos interpretativos; en ellos, la experiencia suele permanecer agazapada por detrás de hipótesis frías y generalizantes. La información más o menos cruda, presentada en un libro de amplia circulación —y no de estricta circulación académica— permite que cada uno atisbe elementos sobre las grandes cuestiones del conflicto armado —social, político, étnico, etc.— en Colombia.

Cívico es hábil al justificar la publicación de la versión de “Doblezero” por medio de ideas inspiradas en reflexiones de Elías Canetti y Michael Taussig respecto a que el silencio como enlace entre el poder y el secreto público es lo que subyace a un fenómeno como el paramilitarismo, y sus diferentes desdoblamientos. Más que el paramilitarismo como fenómeno aislable en la práctica social o en las vivencias

sociales, de las cuales es un intrincado elemento —por no ir más lejos o para no cavar más profundo—, es un conocimiento compartido que se oculta activamente. Y es un conocimiento complejo en la medida en que no puede ser articulado fácilmente, como reconoce el autor a través de su llamado a Taussig. A mi modo de ver, el paramilitarismo es una forma compleja de aprehensión del mundo —con su obvio correlato en la dinámica de las relaciones sociales— que se abstiene de la revelación de sus mecanismos fundamentales porque dicha revelación, se supone, debería ser guiada por una institucionalidad que ya está corroída. No obstante, el supuesto se mantiene en vista de que aún se tiene como telón de fondo la ilusión de la democracia y de un Estado operante. De hecho, “Doblezero” afirma que el Estado termina siendo importante porque se recurre a él para obtener impunidad para los delitos e inmunidad para los capitales. Estos son principios, valores, relacionados con la orientación de la sociedad colombiana hacia la autodefensa y el paramilitarismo, en su sentido ideológico más amplio, lo cual tiene que ver con lo Cívico define como un “pensamiento purgante”.

En la introducción, Cívico habla de no negar la violencia y enfrentar los horrores de la misma como un paso para la comprensión de sus efectos. Para mí, en Colombia hay una saturación de la narrativa desangrada del conflicto que torna *best seller* la atrocidad, incluso con la producción de memoria por masacre o por evento violento, como parece ser el empeño del ala investigativa de nuestras comisiones de la verdad. Al final de la introducción, sin embargo, el autor afirma que en Colombia reina un “pensamiento purgante”, que inspira y justifica tanta violencia. Y creo que el libro, más que ser otro esfuerzo por crear la sensación de vacío a través de la repugnancia, va más en esa segunda dirección. Y esa sí es una guía de lectura que me permito promocionar. Ese “pensamiento purgante” está relacionado con un accionar corrupto y corruptor, legado fundamental pero no exclusivo del narcotráfico, y es “Rodrigo Doblezero” quien vuelve a resumirlo tajantemente: cuando se cree que todo está a la venta, aquello que no se puede comprar es destruido. Ese sería también un principio de pensamiento y acción de una “narcoburguesía” que para “Doblezero” se opone —hasta cierto punto— a la aristocracia colombiana, caracterizada por él como una oligarquía desesperanzada que no confía en sí misma y busca siempre extraer lo que se pueda para depositar el capital generado en el exterior. De todas maneras, el proceder de ambos bandos anula las posibilidades de un liderazgo, de una conciencia política autónoma de los ciudadanos. Sin que “Doblezero” lo diga, al leer su interpretación queda la sensación de que el “pensamiento purgante” del que habla Cívico se retroalimenta, para continuar existiendo, con la postura extractivista, voraz y mezquina de las élites políticas y económicas, con todo su peso cultural: “En una ocasión le dijimos a la aristocracia costeña que cogiera 10% de sus propiedades y lo repartiera entre sus propios trabajadores [...] No, esa gente puso el grito en el cielo. Hasta de pronto un narco sea capaz de hacer eso, pero mientras reparte el 10% de sus tierras va y se compra tres y cuatro veces más en otra región [...] Pero por

otro lado va y genera otro daño bien berraco o siembra de cultivos ilícitos en toda una región" (p. 75).

En el epílogo, Juan Rodrigo García afirma que su hermano siempre "trató de ser lo menos paramilitar posible"; mi anhelo como investigadora consiste en comprender qué hace una acción, un individuo, un evento, un lugar "más paramilitar" o "menos paramilitar". ¿Por qué se volvió un adjetivo? Personas que han tenido una vinculación similar a la de "Dobleceros" suelen presentarse como patriotas o justificar sus acciones por medio de un sentido patriótico que busca reestablecer un orden perdido de esa Colombia considerada, de todas maneras y a pesar de todo, un "país hermoso", y así el terror termina siendo justificado como un efecto colateral de la guerra y sus hostilidades. Esa también es una vertiente del "pensamiento purgante". El contraterrorismo, definido y empleado por "Dobleceros" como la estrategia para extraer el terror instaurado por el enemigo con más terror aún, como la capacidad para disputar el dominio de un territorio, es otro de los componentes espeluznantes de un enigma de la colombianidad que tiene forma de secreto aunque se hable a gritos. No es en vano que Cívico haya comenzado la presentación del libro hablando sobre lo que sintió yendo hacia San Roque por ser "Dobleceros" el primer paramilitar con el que se encontraría frente a frente. El caso que es la división del mundo entre enemigos y aliados, entre guerrilleros y paramilitares, entre víctimas y victimarios continúa impidiendo una reflexión sobre la amalgama que hace que las causas del conflicto sean sus propias secuelas. La alteridad radical, anclada en el horror, en la desconfianza hacia el otro, en el eterno sigilo, en la constante autodefensa que se refleja, incluso, en la obsesión por la apariencia y en la instrumentalización de la belleza, puesta al servicio de una corrupción y mediocridad ilimitadas; todos ellos son elementos que subyacen a dicha concepción del mundo social en Colombia.

Silvia Monroy Álvarez

Antropóloga, Universidad de los Andes

Doctoranda en Antropología Social. DAN. Universidade de Brasília

Becaria del programa CAPES-PROEX, Brasil

Dirección electrónica: silviamonroy@gmail.com